

Tú, yo y el Alzheimer: El Jardín de los recuerdos.

Desde que tengo uso de razón, el jardín de mi abuelo ha sido un lugar sagrado. No por su tamaño, ni por sus flores tan exóticas, sino por lo que representa: una especie de mapa de su memoria, un refugio de olores, colores y texturas donde cada planta parece contar una historia.

Mi abuelo se llama Jose Ramón. Es un hombre serrillo, de manos grandes y espalda curva, como si la vida le hubiese obligado a cargar con más peso que el que le correspondiera. Unos años antes, su rutina era muy sencilla: café negro, radio bajito y una caminata lenta por el jardín, inspeccionando cada rincón como si fuera un general revisando su territorio.



Yo solía acompañarle en esas caminatas cuando era tan solo niño. Él me hablaba de las margaritas como si fueran amigos suyos de toda la vida. Me contaba cómo la lavanda espantaba a los malos pensamientos, o cómo los tomates necesitan tiempo para crecer dulces. Yo, por supuesto, creía todo lo que decía.

Sin embargo, un día algo cambió. Lo notamos en pequeños detalles. Al principio, regaba varias veces la misma planta, confundía el nombre de las flores, se dejaba la manguera con el agua corriendo. Luego, comenzó a olvidar dónde estaba, cómo se llamaban mis primos y, finalmente, quién era yo.

Le diagnosticaron Alzheimer. Yo tenía 44 años y no entendía del todo lo que significaba. Pensé que solo era un poco de olvido. No sabía que la enfermedad le iba a borrar la vida, como la marea se lleva los castillos de arena. No obstante, su jardín resistía o, al menos, eso creía yo.

Una tarde de otoño, fui a visitarlo. Ya no vivía en su casa, sino en un centro de cuidados especiales. La casa familiar estaba cerrada, pero mis padres me dieron el permiso para entrar y revisar algunas cosas. Cuando crucé la verja oxidada y vi el jardín, algo, dentro de mí, se quebró. Las rosas estaban marchitas, las hortensias secas y la tierra agrietada como su memoria. Aún así, una pequeña violeta se abría justo entre toda la maleza. Me senté frente a ella y comencé a llorar como no lo había hecho en años.



memoria. Aún así, una pequeña violeta se abría justo entre toda la maleza. Me senté frente a ella y comencé a llorar como no lo había hecho en años.

Esa noche, soñé como

abuelo. Estaba en el jardín, con su sombrero de paja y las botas embarradas. Le miraba con sus ojos claros y me decía:

- No dejes que el jardín me olvide.

A la mañana siguiente, volví a la casa con herramientas, guantes y una libreta. Decidí que iba a recuperar ese jardín, no solo por él, sino por mí. Era una manera de hablar con él, aunque qué no pudiera responderme...

Comencé por limpiar la maleza, cada hoja seca que quítale era como borrar una capa de olvido. Planté nuevas semillas, algunas de las que él me enseñó a amar: caléndula, albahaca, menta. También encontré viejos cortaflores de madera donde había escrito los nombres de las plantas. Los limpié y los volví a colocar.

Una vez, durante una visita en el centro, le llevé fotos del jardín.

Él las miraba con atención, a veces con sorpresa, como si reconociera algo familiar que no podía nombrar. Al mostrarle una imagen de los margaritos, murmuró:

- Tu abuela los odiaba... decía que desentonaban con el resto del jardín.

Me aferré a esa frase como si fuese oro. Era un recuerdo, un destello, una prueba de que algo seguía vivo dentro de él.

Pasaron los meses. El jardín volvió a florecer, por fin todo el esfuerzo que había invertido en cuidarlo dio sus frutos.

Un día especial fue cuando llevamos a mi abuelo de visita al jardín. Los doctores no estaban seguros de si sería una buena idea, pero insistimos. Al llegar, él miraba alrededor con expresión ausente... hasta que vio una maceta con romero.



Se inclinó un poco hacia adelante, la tocó con los dedos temblorosos y dijo:

- Romero para recordar.

Luego, se quedó en silencio, pero eso frase bastó. Nos miramos con lágrimas en

los ojos. En ese momento, supe que, aunque la enfermedad le cobrara todo, algo dentro de él respondía al jardín. Al fin y al cabo, había sido su obra maestra, su legado.

Hoy, cuando ese jardín como si fuera un templo. Lo abro al público algunos fines de semana. Hay niños que vienen a correr entre los senderos, abuelos que se sientan bajo el limonero a leer, perritos que se tumban solos junto a la casa...

Y yo sigo ahí, con mis guantes y mi libreta, anotando el nombre de cada nueva flor. Porque sé que, mientras el Jordán siga vivo, una parte de mi abuelo también lo estará...

Aunque ya no recuerde mi nombre...